

EL PASADO COMO PROBLEMA POLÍTICO¹

THE PAST AS A POLITICAL PROBLEM

Alejandro Cattaruzza²

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Historiografía, Usos del pasado, Imágenes sociales del pasado, Memorias colectivas	La historia de la historiografía, desde comienzos del siglo xx, se inclinó al examen de las obras consideradas importantes y al de las vidas de sus autores, tendiendo a suponerlas ajenas a los condicionamientos institucionales o político-culturales. Más adelante, la utilización de perspectivas forjadas para otros casos condujo a que se atendiera a los procesos de organización de la historia profesional, en general peculiares y limitados, mientras su dimensión política y social se tornaba evidente. A partir de fines de los años setenta, en el escenario internacional, estos estudios se cruzaron con los dedicados a la construcción de imaginarios sociales sobre el pasado, a los intentos de fundar o controlar memorias colectivas y a las disputas por imponer una lectura del pasado sobre otras, acciones todas en las que participaron, de un modo u otro, las instituciones de la historia profesional, pero también el Estado, los partidos políticos y otros actores colectivos. Un nuevo objeto de estudio parecía así haberse constituido.
<i>Recibido</i> 15-7-2017 <i>Aceptado</i> 26-9-2017	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Historiography, Uses of the past, Social images of the past, Collective memories	The history on historiography, from the beginning of the 20th century, was inclined to examine the works which were recognized as significant ones and the lives of their authors, tending to suppose them outside the institutional or political-cultural constraints. Later on, the use of perspectives forged for other cases led to care about the organization processes of professional history, usually peculiar and limited, while its political and social dimension became evident. From the late 1970's, on the international scene, these studies were intersected with those dedicated to research the construction of social imaginaries about the past, the attempts to found or control collective memories, and the disputes for imposing an interpretation of the past over others; all actions in which, in one way or another, the institutions of professional history, but also the State, political parties and other collective actors were involved. Thus, a new object of study seemed to have been constituted.
<i>Received</i> 15-7-2017 <i>Accepted</i> 26-9-2017	

1 Quiero agradecer la invitación a participar en las jornadas de celebración de los 30 años del Instituto de Estudios Histórico-Sociales –en las que fue presentado este trabajo–, un centro a mi entender clave en el proceso de transformación de la historiografía argentina iniciado tras el final de la última dictadura cívico-militar, así como la oportunidad de estar presente en el homenaje a Raúl Mandrini, una persona decisiva para la vida de esta institución, historiador riguroso y también audaz, comprometido con la vida universitaria, generoso, cordial y amable.

2 CONICET / Universidad de Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'. 25 de mayo 217, 1002 Ciudad de Buenos Aires, Argentina. manuelcattaruzza@arnet.com.ar.

Me parece oportuno comenzar planteando algunas observaciones acerca del título que elegí para esta intervención: “El pasado como problema político”. Creo que esta fórmula resulta bastante adecuada para dar cuenta, de un trazo, de lo más importante de las convicciones que alcanzamos a fines de los años ochenta, luego de lecturas y discusiones acerca de los objetos de estudio de la historia de la historiografía, vinculadas a nuestra tarea como docentes universitarios.³ Aunque lo expondré detenidamente más adelante, anticipo ahora que el núcleo de aquellas convicciones señalaba que el proceso de profesionalización de la historia exhibió una dimensión política fuerte; que la historia profesional se atribuyó una tarea presente y social; que un conjunto de otros actores colectivos –agrupaciones partidarias, sectores sociales, grupos étnicos o de género, entre otros– continuaron organizando sus propios pasados y se empeñaron en difundirlos, y a veces emplearon argumentos acuñados en sede académica; que las distintas versiones del pasado eran utilizadas en disputas actuales;⁴ y, por último, que era imprescindible incorporar a nuestra agenda esos procesos y actores, así como las prácticas y las producciones involucradas en ellos. Hoy, después de varios años de desplegar líneas de trabajo que partieron de esas perspectivas, sigo convencido de su productividad intelectual.

El párrafo anterior reclama varias precisiones. La primera indica que el *nosotros* que utilicé tácitamente remite en principio a los miembros de la cátedra Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas, de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, y a un grupo de colegas que, por fuera de ella y con inserción en esa institución y también en la Universidad de Buenos Aires, compartían inquietudes cercanas.⁵ Las posiciones no eran completamente uniformes, pero coincidíamos en la idea de que era necesario reflexionar sobre el repertorio de problemas que nos competía, tanto respecto a la enseñanza como a la investigación. Más adelante, varios de los integrantes de esos grupos participamos en conferencias y mesas de congresos, particularmente en las Jornadas Interescuelas, organizada desde 1999, y en proyectos

3 Podría pensarse que algunas de las propuestas que siguen violan el sentido original del concepto de historiografía; sin embargo, ellos retienen uno de sus núcleos centrales en la que fue la versión de Croce: la distinción entre el puro pasado y el conocimiento y la narración sobre él, que es denominado historiografía y resulta nuestro objeto de estudio.

4 No es este el lugar apropiado para exponer ni las alternativas disponibles para concebir los rasgos de una historia que se pretenda profesional, ni la bibliografía tan vasta con la que se cuenta para el análisis de las profesiones y los procesos de profesionalización, desde la sociología y la historia. Se recomienda la consulta de Noiriel, 1997, en particular el capítulo 6 y de la obra de Peter Novick que se cita más adelante. En ocasiones, se ha utilizado en esta intervención otras fórmulas –historia de base universitaria, por ejemplo– en atención a los límites de la profesionalización en historia, que suele ser imperfecta.

5 Me permito recordar aquí, especialmente, a Eduardo Hourcade (1954-2015), colega y amigo que gustaba reflexionar y discutir sobre estas cuestiones, e insistía, con tanta razón, en que había que prestar atención a Ricardo Rojas.

colectivos; hemos dirigido también becarios y tesis dedicados a asuntos próximos. Desde hace varios años, en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, el Grupo de Investigación sobre Historia Argentina del Siglo XX –cuya agenda, sin embargo, es más vasta, inclinándose al debate de las relaciones entre el mundo cultural y el político– se transformó también un lugar adecuado para el tratamiento de estos asuntos. Desde ya, los mencionados no son los únicos grupos e instituciones dedicados a ellos.

Luego, debo reconocer que es muy probable que lo que aquí puede aparecer como el desarrollo consciente, premeditado, ajustado, de una especie de programa de investigación vastísimo, pero simultáneamente muy detallado, haya sido, en cambio, y en mi caso, una serie de esfuerzos más sujetos al azar, más condicionados por avatares colectivos y personales, más errático e inconstante. Y, finalmente, adelanto que, en razón del contenido que se me propuso en la invitación a esta intervención, el tono autorreferencial resultó inevitable.

Las lecturas y los intercambios que fueron la forja de la noción de que el pasado es un problema político con lazos muy fuertes con el contexto social y el cultural surgieron de una insatisfacción inicial con el modo en que la historia de la historiografía tendía a practicarse en los años inmediatamente posteriores al fin de la última dictadura. Había algunas excepciones, pero en general los objetos privilegiados eran los contenidos de las obras del canon o las trayectorias de los autores que se entendían consagrados; con muy poca frecuencia, se consideraban los temas de método. Por entonces, en sus límites más audaces se comenzaba a analizar la organización y el funcionamiento del complejo institucional o el proceso de profesionalización, lo que era una novedad frente a la etapa anterior. Muchos de los trabajos eran sólidos y no era centralmente el punto de la *calidad* el que nos inquietaba, sino la necesidad de preguntarnos algo previo y más primordial: de qué nos ocupábamos quienes nos dedicábamos a la historia de la historiografía o, puesto de otro modo, qué preguntas debíamos intentar responder.

Aquella decisión de ubicar a la historia académica, profesional, de base universitaria, y a sus héroes, en el centro de la atención, reclamaba asumir un presupuesto fuerte, que indicaba que el corte entre esas instituciones y el resto de los lugares de producción de visiones del pasado, y entre ellas y el contexto político, cultural y social, eran nítidos, profundos, estables, permitiéndoles una autonomía muy marcada. Así, se tornaban casi autoexplicables. Según entendíamos, en cambio, la idea de la existencia de un corte de ese tipo no era fácil de sostener. Se advierte con facilidad, por ejemplo, que en varios países europeos, cuando se afianzó, durante la segunda mitad del siglo XIX, la organización de la base institucional de la disciplina –cuyo centro eran las carreras universitarias, aunque incluía también archivos, museos y aún sectores de la administración dedicados a la escuela–, la política estuvo presente, a través de la toma de decisiones estatales sobre cuestiones tan variadas como los recursos asignados a una entidad o a la conmemoración pública de alguna figura o acontecimiento. Pero

también tenía un costado político y social, inmenso además, el programa que se había dado a sí misma la historia en trance de profesionalizarse, que en el caso francés y en la versión de Gabriel Monod tenía “el deber” de “despertar en el alma de la nación, la conciencia de sí misma por medio del conocimiento de su historia”, tal como había sostenido en 1876, en la presentación de *La Revue Historique*, una pieza decisiva para la historia con pretensión de cientificidad. Años más tarde, Ernest Lavis, otro de los más notorios historiadores franceses de la época, incluyó en el prólogo a la edición de 1912 de su famoso manual, el “Petit Lavis”, esta toma de posición: “si el escolar no lleva consigo el recuerdo vivo de nuestras glorias nacionales”, si “no sabe cuánta sangre y esfuerzos ha costado la unidad de nuestra patria” y “las leyes que nos han hecho libres”, si el escolar “no se convierte en un ciudadano convencido de sus deberes y en un soldado que ama su fusil, el profesor habrá perdido el tiempo” (en Bourdè y Martin 1992, pp. 148 y 140 respectivamente).

Tales empeños, que venían a coincidir con políticas generales del Estado, suponían un intento de expropiación y homogeneización cultural de grandes masas humanas y la búsqueda de reemplazo de unas visiones del pasado –y con ellas de unas identidades colectivas previas, que pueden presumirse dispersas, aldeanas, regionales, ancladas en pertenencias a distintos grupos sociales– por una imagen de la historia unificada, que tenía a la nación como su eje y que promovía una identidad que ponía la condición ciudadana en el centro. Parece evidente, entonces, que la naturaleza de la empresa estatal de creación de ciudadanos y patriotas en la que los historiadores no dudaron en participar no sólo era política, sino que lo era de manera estruendosa; así, la organización de la historia profesional encontraba buena parte de su explicación en un contexto marcado por la consolidación de los estados nacionales que, de todos modos, tuvo distintos ritmos en cada caso, europeo o americano. Por la vía de la enseñanza de historia y, quizás aún más, a través de la liturgia patriótica, en la escuela primaria que se extendía, y por efecto de la conmemoración estatal y de la circulación de los productos del historiador en el mercado de bienes culturales que pronto incluiría a nuevos públicos, la historia asumía una vocación de masas y enlazaba con el horizonte social, de manera independiente de los resultados que sus intentos efectivamente tuvieran y de las resistencias que encontrarán. Sin embargo, es necesario recordar que esa misma historia que se profesionalizaba también se imaginaba capaz de producir un conocimiento científico sobre el pasado, cuyo atributo principal era aquello que se llamaba objetividad, una meta que se suponía posible si se aplicaban escrupulosamente las reglas del método. Para continuar con la situación en Francia, Christophe Charle sostuvo, a fines del siglo xx, que la “contradicción contenida en este doble juego” que se da entre la historia “en tanto actividad científica y la memoria colectiva de los franceses, parcialmente formada y organizada por el Estado central desde el advenimiento de la República”, fue resuelta de distintos modos “pero permanece todavía en el centro del trabajo histórico en Francia” (Charle 1995, p. 21).

Si desplazamos la atención de la segunda mitad del siglo XIX europeo a la situación argentina, cualquier lector medianamente interesado puede advertir tonos propios y también proximidades con procesos más amplios. De los sectores del mundo cultural dedicados a indagar el pasado, la historiografía con aspiración de saber especializado y posteriormente de profesionalidad fue uno acotado en Argentina, con zonas que, en el siglo XX y por décadas, se mostraron reacias a cualquier actualización de su biblioteca y del tipo de aproximaciones ensayadas. La eficacia de la competencia de otros actores historiográficos con la historia profesional fue alta y no actuó sólo en el plano de la divulgación; el caso del revisionismo es el más conocido, pero los historiadores comunistas de comienzos de los años cuarenta son otro buen ejemplo. También una mirada rápida a los nombres de los autores locales que, a mediados de los ochenta, eran con frecuencia los elegidos para encarnar la tradición de una historiografía rigurosa y con pretensión científica, un ademán que además buscaba organizar una genealogía con la cual filiarse, detecta una permanente presencia de la política, tanto en el plano individual como en el colectivo. En Mitre, ese dato era muy conocido; Levene gozó en los años treinta de un reconocimiento estatal que había comenzado con anterioridad y devino en su condición de miembro de la alta burocracia; otros integrantes de la Nueva Escuela Histórica, más allá de la “neutralidad erudita” que Halperin Donghi (1955, p. 115) reprochó al grupo poco después del golpe de Estado de 1955, habían practicado con fervor y largamente distintos modos de la actividad política. Así, Emilio Ravignani fue funcionario importante en el municipio porteño en los años veinte, diputado y dirigente radical en los años treinta y durante el peronismo; Diego Luis Molinari, también funcionario y dirigente radical pero yrigoyenista y peronista. En otra tradición historiográfica y también en otra tradición política, José Luis Romero lograba un gran éxito editorial inicial con un trabajo en el que hacía explícita su adscripción política: *Las ideas políticas en la Argentina*, de 1946, que se vendería muy bien por mucho tiempo. Romero mantendría esa indicación en las múltiples ediciones posteriores, en una decisión cargada de sentido. El compromiso político había signado también muchos itinerarios de historiadores en los años sesenta y setenta.

Fuera de estos datos que refieren a trayectorias personales, también en la Argentina quienes se dedicaron a la historia asumieron en conjunto, claro que con algún matiz y en el siglo XX, la tarea profesional que tantos de sus colegas europeos se habían dado a sí mismos décadas atrás. Levene señaló, hacia 1941, que los “historiadores desempeñan una función social, además de la tarea científica que cumplen”. El “fin educativo”, eje de esa función social, se cumpliría “haciendo conocer los grandes hechos y los grandes hombres, y a amar esa incorpórea deidad, la imagen encendida de la patria”. Para Levene, “la enseñanza de la Historia Patria” tenía un sentido “formativo de la conciencia argentina” (Levene 1946, p. 105). Este tipo de expresiones eran corrientes entre los historiadores desde los años veinte y quizás lo fueron aún más en los treinta y en particular durante la guerra. La actitud patriótica o nacional, que, como se señaló, no se juzgaba un obstáculo para alcanzar la objetividad, fue uno de los fragmentos más resistentes

en la ideología de profesión de sectores extensos de la historiografía argentina, y es probable que lo siga siendo hoy en día, incluso por fuera de los elencos profesionales.

Por otra parte, tanto en el caso argentino como a mayor escala, se detecta una nota importante: la debilidad del monopolio interpretativo del pasado por parte de la historia profesional o directamente su ausencia. Este planteo debe asumirse cuidadosamente, ya que existen diferencias nacionales significativas, pero ello no impide percibir tendencias generales. Así, pese a la existencia de un cuerpo de especialistas reconocidos por el Estado, otros y diversos actores elaboran sus propias interpretaciones del pasado, las difunden y tratan de competir con las que están ya en circulación, las utilizan en la lucha social y política, intentando reforzar identidades o legitimar posiciones y buscan instalarse en el mercado editorial. Esos actores son tanto individuales como colectivos: los políticos y sus partidos, los funcionarios estatales ocupados en los museos, la conservación del patrimonio o las conmemoraciones, organizaciones sociales que intentaban modificar o mantener el orden de las cosas, algunos intelectuales interesados por la historia actúan sobre el pasado, sin dejar de apelar ocasionalmente a argumentos de los historiadores. Desde nuestros puntos de vista, sus intervenciones eran un objeto importante, que no podía dejarse de lado. A su vez, la incorporación de estos otros problemas al horizonte de preocupaciones tenía un efecto adicional: al multiplicarse los soportes sobre los cuales esas versiones circulaban, se multiplicaban también nuestras posibles series documentales, nuestras potenciales fuentes, si se prefiere. Libros, artículos y tesis, las más prestigiosas y clásicas, y también los manuales seguían allí, pero se agregaban, entre otros, discursos en conmemoraciones, prácticas celebratorias estatales o sociales, decretos de instalación o traslados de monumentos y de asignación de recursos, incluso poemas, novelas, pinturas, películas y obras de teatro.

Así, luego de aquel ejercicio de discusión, concluimos que todos estos puntos debían ser tenidos en cuenta. El proceso de organización de la historia profesional estuvo, desde el siglo XIX, estrechamente vinculado a la política y, por otro lado, mientras la producción de los profesionales lograba circulación social por varias vías, otro tipo de representaciones del pasado, que habían sido organizadas con reglas, objetivos y en ámbitos diversos, también lo hacían, en competencia con ella y entre sus distintas versiones. Entendíamos, además, que esas representaciones del pasado, unas y otras, fueron y son hoy el lugar y el objeto de lucha. Los habitantes del mundo profesional y sus obras también participan de ellas, sea porque intervienen directamente o porque otros actores utilizan sus producciones. Y, finalmente, casi cerrando el círculo, esas disputas por el pasado tenían por objeto dotar de legitimidad a un orden social, una política específica, una identidad colectiva, actuales; enfrentamientos por controlar el pasado en los que, sin embargo, aquello que estaba en juego era el presente. No nos parecía entonces que esos fenómenos pudieran quedar fuera de aquello que debíamos investigar y enseñar.

Cabe señalar, por otra parte, que el diseño de este objeto no fue fruto de alguna moda autóctona y excéntrica. Por el contrario, a fines de los años ochenta se disponía

de una producción internacional que había comenzado a ganar visibilidad y prestigio desde mediados de la década anterior y ella formó parte de los materiales que utilizamos. Sin aspirar a ninguna exhaustividad y sin apelar a los trabajos que provenían de otras ciencias sociales, puede señalarse que, en la segunda mitad de los ochenta, se contaba, entre otros, con la advertencia de Michel de Certeau, quien insistía en que la tarea historiográfica se articula en una “esfera de producción socioeconómica, política y cultural” (de Certeau 1978, p. 17), en “La operación histórica”, cuya primera versión apareció en francés en 1974 y en castellano en 1978. En 1991, Le Goff veía traducidos varios ensayos previos, publicados desde 1977 en italiano, en *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso* y *El orden de la memoria*, en los que defendía el interés del intento de una historia de la historia más amplia que la historia de la historiografía. Más inclinados a la investigación empírica, Hobsbawm y Ranger presentaron en 1983 *The invention of tradition*, libro de éxito en el que uno de los temas centrales era el de la construcción estatal y social de imágenes del pasado. Pierre Nora, por su parte, comenzó en 1984 la publicación de *Les lieux de mémoire*, cuyo tercer tomo apareció en 1992. De vuelta al mundo anglosajón, se observa que Peter Novick realizó un análisis de la historia profesional norteamericana que la vinculaba estrechamente a la política y los conflictos culturales en un libro notable, *That noble dream: the ‘objectivity question’ and the American historical profession*, de 1988. A ese conjunto, mencionado aquí en un recorte parcial y arbitrario, se debe agregar, entre otras, la producción sobre la memoria, creciente en esos años, y sobre la llamada conciencia histórica, de estirpe alemana, cuya recepción argentina fue más rápida, aunque bastante efímera, en zonas ligadas a las ciencias de la educación, como revela el volumen colectivo titulado *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, de 1991. Todos estos trabajos ofrecían pistas y herramientas para la tarea de reconsideración de nuestros problemas.

Era, sin embargo, visible que los procesos cuya investigación se volvía legítima en nuestra propuesta eran muy vastos; este punto fue objetado en más de una ocasión por colegas que opinaban que el riesgo de la pérdida de especificidad era demasiado alto, al menos a la hora de la enseñanza en la universidad, posición que Nora Pagano sostuvo con buenos argumentos. Sin dejar de admitir este hecho, creo que esa amplitud no es mayor que la que se registra en otros casos si se atiende a las denominaciones corrientes de las asignaturas universitarias o si se toma en cuenta que muchos programas de historiografía comenzaban usualmente por Heródoto sin amilanarse. En cualquier caso, era un punto a tener en cuenta.

La recepción de estas propuestas de reconsideración y extensión de nuestros temas en los años noventa, cuando algunos sectores de los auditorios universitarios hacían suyas versiones de lo que por economía se ha llamado con frecuencia –e imprecisión– el giro lingüístico, fue problemática, a mi juicio. Así, por ejemplo, admitir la existencia de interpretaciones del pasado concebidas fuera del mundo académico –que a veces eran dueñas de un poder mayor de creación de “sentido común histórico”–, junto a la

opinión de que todas ellas merecían ser analizadas, eran posiciones y convertidas por esos sectores en una evidencia más de sus propios pareceres acerca de que la historia sólo lograba producir “artefactos literarios” y no conseguía alcanzar un estatuto científico pleno. A nuestro juicio, en cambio, era posible intentar un saber científicamente construido sobre la organización de representaciones del pasado que no tenían esa pretensión, al igual que sobre cualquier otro asunto histórico.

De este modo, terminaron de delinearse aquellos puntos de partida que mencioné al comienzo. Si bien algunas de las perspectivas que asumimos eran relativamente recientes, el conjunto de la propuesta podía filiarse con cierta comodidad con la postura que Marc Bloch expresaba en carta a Henri Pirenne en 1934: “hasta que no sepamos lo que los hombres de aquel tiempo conocían del pasado y cómo lo imaginaban no comprenderemos nada de su visión del mundo” ni tampoco “de su política”.⁶ Se trataba, en fin, de intentar una historia de los modos en que una sociedad se relaciona con su pasado.

2

Es posible, entonces, preguntarnos por el derrotero de las indagaciones llevadas adelante desde esos puntos de partida. El balance que sigue, centrado, como anticipé, en mi propia producción, no podrá ser más que incompleto e injusto para algunos colegas que también trabajaron sobre asuntos próximos. En mi caso, las “salidas” de los espacios de la historia profesional y sus producciones tuvieron varios destinos: los pasados concebidos por partidos y grupos políticos, particularmente en los años treinta; los intentos de utilización de imágenes del pasado por parte de algunas agencias estatales dedicadas a la educación, durante el período de entreguerras; las controversias que, en el mundo intelectual y en zonas de la cultura de masas, se dieron en torno a la figura del gaucho como centro posible de una tradición nacional, ubicada naturalmente en el pasado, asunto sobre el cual también se desarrollaron acciones estatales; el revisionismo, entendido como un grupo intelectual que actuó en el plano historiográfico, político y cultural a un tiempo; la memoria colectiva, en una aproximación más preocupada por aspectos conceptuales. En cuanto a la historiografía académica y profesional, que forma también parte del objeto de estudio reformado, el proceso de profesionalización fue trabajado en un período que iba aproximadamente del Centenario a los años cuarenta, y en una perspectiva atenta a los límites que exhibió. Alterando en parte el orden de la enumeración anterior, trataré de plantear, a continuación, algunas de las conclusiones a las que me llevó la investigación de estos problemas.⁷

6 La cita de Bloch, en Mastrogregori 1998, p. 42; datos sobre su ubicación en p. 108.

7 Menciono, a continuación, tres obras de síntesis que, según creo, permiten observar el conjunto de líneas de investigación sobre las que se ha trabajado: 1. A. Cattaruzza, 2001. *Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional*; en Ídem (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana, tomo VII de la *Nueva Historia Argentina*. 2. A. Cattaruzza & A. Eujanian, 2003. *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*. Madrid / Buenos Aires:

En cuanto a los pasados forjados por los partidos, la cuestión del período en el que me concentré, los años treinta, no es secundaria. Según se admitía, era en esos años cuando se organizaba, paulatinamente, una visión de la historia argentina alternativa a la clásica, en un nuevo contexto modificado por el final de cierto modo de funcionamiento de la economía argentina por los efectos del *crack* de 1929, por el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 y por una más general crisis de las democracias y el liberalismo de envergadura occidental. De acuerdo con una opinión muy corriente, el revisionismo y la llamada historia oficial habrían comenzado entonces un enfrentamiento que duraría décadas, alineados ambos con los dos bloques en los que se estimaba dividido el campo político y cultural argentino. Las primeras aproximaciones al tema, a mi juicio, permitieron poner en entredicho esa interpretación.

Así, el análisis de un emprendimiento cultural importante de la Unión Cívica Radical, la revista *Hechos e Ideas*, próxima a la dirección del partido en manos de Alvear, al menos en lo que hace a la política coyuntural, permitió reconocer la existencia de varias lecturas sobre el pasado nacional que mostraban notas discordantes entre sí. Esa situación puede verse en el ejercicio, tan habitual en los partidos, de trazado de líneas históricas, que trataban de ligar la agrupación con el que se entendía era el momento fundacional de la nación. Así, el radical Adolfo Acosta dibujaba de este modo las líneas que veía enfrentadas: “brilla en la UCR [...] la límpida mirada de Moreno”, mientras que animaba a la oligarquía “el felino fulgor de las pupilas de Facundo”, para agregar que “el espíritu renovador de Rivadavia está en aquella” y el “espíritu colonial de Rosas impulsa” al otro bloque. Debe tenerse en cuenta que la denuncia de un Facundo héroe de la oligarquía –que podía evocar alguna imagen de fines del siglo XIX– desafiaba el esquema interpretativo tradicional que se aplicaba a los años treinta. En la misma revista, Alberto Etkin, después intransigente, reconocía dos tipos de “hechos sociales” en la historia argentina: los que provienen de la tradición cultural europea, por un lado, y los propios de la realidad americana. “Hechos europeos y fracasados” serían las “teorías de Moreno y Rivadavia, la Constitución de 1853, el régimen del progreso, la reacción conservadora presente”. En cambio, los hechos americanos y nacionales, “de carácter eminentemente autóctono y necesario, fueron los diputados provinciales de 1811, los caudillos, Juan Manuel de Rosas, la Revolución del ‘90, Hipólito Yrigoyen, la Unión Cívica Radical”. El autor encuentra en esa línea su propio linaje político, ideológico y social. Varios casos semejantes aparecen en la publicación; en el mencionado, se destacan dos hechos: que líneas históricas tan diferentes se propongan desde la misma revista partidaria y, quizás más importante, que ambas impugnan, parcialmente, la versión clásica de cuál era la estirpe que cada partido se atribuía en los años treinta.⁸

Alianza. 3. A. Cattaruzza, 2007. *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.

8 Las citas en *Hechos e Ideas*, número 7, enero de 1936, p. 225 y número 9, marzo de 1936, p. 32. He examinado estos problemas en Cattaruzza, 1991. *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso radical*. Buenos Aires: Biblos, 44 p.

Años después, el examen de las posiciones del Partido Comunista y sus intelectuales, en un período que comenzaba a fines de los años veinte y terminaba en los tempranos cuarenta, permitía percibir nuevamente la existencia de fenómenos difíciles de explicar si se utilizaba la interpretación que se ha llamado aquí tradicional de las relaciones que los partidos trazaban con el pasado. Los cambios de línea política del PC, que efectivamente existieron y fueron objeto de críticas en su hora y más adelante, ya en los sesenta, desde las filas de la llamada izquierda nacional, y sus efectos sobre la interpretación histórica, no eran los fenómenos decisivos. Se insinuaba, en cambio, el desarrollo de un proceso más interesante y más profundo, que terminó en la certidumbre asumida por el PC de que el colectivo nacional poseía un pasado que debía ser examinado desde una perspectiva comunista, así como en la aparición de un puñado de intelectuales del partido dedicados a analizar el pasado con continuidad, relacionada, como es visible, con el fenómeno anterior. La investigación se ciñó inicialmente a la producción escrita, fuera la más formal de los libros y las revistas del frente cultural, fuera la de la prensa diaria o de agitación. Más adelante, dando origen a nuevas versiones del artículo inicial, se incorporó el análisis de las evocaciones de ciertas figuras de la tradición política local en las marchas y movilizaciones y algunos detalles de los actos comunistas, en particular luego de 1941, cuando el abandono de la neutralidad ante la Segunda Guerra desató una apelación nacional estridente, que no dejaba de aproximarse discursivamente un poco a la que se ponía en marcha en el propio frente de batalla ante la invasión nazi. La tarea avanzó hasta el período que va de 1943 a 1946, aunque menos sistemáticamente; en esa coyuntura se atendieron producciones como los poemas de González Tuñón y las apelaciones a la música que se reputaba criolla y tradicional.

El caso comunista tenía interés en varios sentidos. Era claro, en primer lugar, que las decisiones políticas condicionaban las lecturas del pasado que los comunistas argentinos se podían permitir; les ocurría a los comunistas, sí, pero no sólo a ellos y no sólo aquí. Así, entre 1928 y 1929, en el VIº congreso del Comintern, en el octavo congreso del PC argentino y en la reunión de los comunistas latinoamericanos celebrada en Buenos Aires, se estabilizó el diagnóstico que consideraba que los países de la región eran colonias o semicolonias y que el movimiento de transformación a encarar era la revolución democrático-burguesa en su forma agraria y antiimperialista. Tal opinión tenía particular eficacia sobre la mirada comunista hacia el pasado. Por una parte, obligaba a dar cuenta de cuándo había comenzado históricamente la etapa de dominio imperialista; también se vinculaba a una restricción, ya que aquel diagnóstico impedía concebir la Revolución de Mayo como una revolución democrático-burguesa plena. Mayo era, desde hacía tiempo, el más firme de los centros simbólicos de la nacionalidad, ante el cual los grupos políticos se veían prácticamente obligados a tomar posición.

La observación de las actitudes ante Mayo hace manifiestos tanto los desplazamientos interpretativos como la parcial falta de unanimidad en las lecturas comunistas. Así, en 1927, anónimos militantes de base, ante una iniciativa del poder ejecutivo que

buscaba reformar la música del himno, proclamaban en el modesto boletín *Justicia. Órgano de los obreros y campesinos de Chacabuco*, que “con reforma o sin reforma, el himno pertenece a la burguesía”. Esa distancia, que asumía la forma del repudio, ante símbolos vinculados a Mayo convivía, sin embargo, con otras posiciones, expresadas esta vez por uno de los más notorios intelectuales próximos al PC, Aníbal Ponce. Un año más tarde, en mayo de 1928, en una conferencia titulada “Examen de conciencia”, que pronunció en la Universidad de La Plata, sostuvo que los aniversarios de la Revolución de Mayo “invitan a meditar sobre los problemas de la nacionalidad en cuanto son solidarios con los destinos de la familia humana”. A la hora de definir la identidad nacional, Ponce indicaba: “ni indios, ni españoles, ni gauchos a buen seguro; pero tampoco franceses”; era Mayo el hecho en el que nos reconocíamos. Sin embargo, para Ponce sus principios “no se han realizado totalmente” y ellos se vuelven un programa de acción de cara al presente y el futuro; sus núcleos serían la “Soberanía Popular y la Justicia Social”. Ponce culminaba señalando que “los ideales de la Revolución Rusa son [...] los mismos ideales de la Revolución de Mayo en su sentido integral”.⁹ Pocos años después, en 1933, el propio Ponce ofrecía otro panorama, cuando manifestaba que “las nacientes burguesías de América Latina, atrasadas, indolentes, sin ninguna de las capacidades que las nuevas formas de producción exigían en el mundo” impulsaron el movimiento de emancipación política a comienzos del siglo XIX, pero “se convirtieron a poco andar en pasivos instrumentos de Inglaterra, su nueva metrópolis económica”. Mayo quedaba mal parado en ese cuadro, cuyos tonos tornaba más oscuros Rodolfo Ghioldi, un alto dirigente que frecuentaba los temas culturales, cuando ese mismo año sostenía en *Soviet*, revista del Comité Central, que “antes y después de Mayo hubo el régimen feudal”. En cuanto al imperialismo, el mismo Ghioldi señalaba que “desde la ruptura y separación de España hasta la guerra de 1914-1918, la posición del imperialismo inglés fue indiscutiblemente predominante en la Argentina y su influencia en el desarrollo económico y político del país, decisiva”, en particular a partir de 1880.¹⁰

En octubre de 1936, ocurrido ya el cambio de línea hacia la promoción de los frentes populares, en el diario comunista *Hoy* aparecía una columna titulada “Historia argentina por proletarios” que anticipaba que la “sección orientará en la difícil tarea de interpretar la historia del país con criterio marxista”.¹¹ Esa interpretación, que, como se dijo, contaba ya con algunos esbozos, se fue afinando y desplegando durante los años

9 Copia del boletín en AGN, Sala VII, Fondo PCA, legajo 3364. A su vez, la conferencia de Ponce puede consultarse en A. PONCE, 1939. Examen de conciencia; en *El viento en el mundo*. Buenos Aires: El Ateneo; citas en p. 15 a 34, respectivamente.

10 Citas en A. PONCE, 1939. *El viento en el mundo*. Buenos Aires: El Ateneo, p. 123; el artículo de Ghioldi *Soviet*, año I, núm. 1, Buenos Aires, 24 de junio de 1933, p. 3.

11 Cfr. *Hoy*, número 4, Buenos Aires, 8 de octubre de 1936, p. 7. He analizado estos problemas en varios trabajos; remito a A. Cattaruzza, 2013. ¿Qué historias serán las nuestras? Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista argentino (ca. 1925-1960); en C. AGUIRRE, C. (ed): *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina*. North Carolina: A Contracorriente.

siguientes en algunas revistas, como *Argumentos*, para alcanzar el formato libro hacia los primeros años de la década de 1940, cuando Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano publicaron varios trabajos que son prueba de ese esfuerzo por organizar y difundir la propia lectura de la historia nacional; los sellos editoriales, todos ellos próximos al partido, son indicios de lo orgánico del intento. Puiggrós presentó *De la colonia a la Revolución* y *Mariano Moreno y la revolución democrática argentina* en 1941, *Los caudillos en la revolución de mayo* en 1942, y *Rosas, el pequeño*, en 1943; Astesano publicó *Contenido social de la Revolución de Mayo* en 1941. Mayo se convertía, quizás nuevamente si se atiende a uno de los razonamientos que Ponce expresó en 1928, en una Revolución en cuya estela se inscribía la tradición política del proletariado argentino. Estos movimientos ante el pasado se acompasaron con una tendencia, que se daba en el presente, a la incorporación plena del partido a la vida política nacional, que a lo largo de los treinta lo llevó de la secta obrera, y obrerista, a la condición de parte, una más, del sistema nacional de la política de masas. Retornando al punto del Mayo comunista, se observa que, muchos años después, la idea de una revolución inconclusa que debía retomarse continuaba apareciendo en los volantes de una de las agrupaciones herederas del PC de tiempos del Bicentenario.

Así, si se atendía a la invención de pasados llevada a cabo por los grupos políticos en los años treinta, la versión tradicional del funcionamiento del entero mundo político y cultural argentino de esos años quedaba impugnada. Ella imaginaba un conflicto central y excluyente, que ocupaba todo el escenario, entre dos tradiciones políticas, culturales, ideológicas, claras y homogéneas –liberales y nacionales, según unos; democráticos y autoritarios, según otros; populares y oligárquicos, en una tercera versión–, más allá del bando que se apreciara. Esa interpretación se proyectaba sobre las disputas por el pasado, que también se suponían libradas entre dos interpretaciones nítidas, la revisionista y la oficial, asociadas a aquellas dos tradiciones. Las relaciones de los partidos con el pasado no podían ser explicadas por ese modelo y lo ponían en crisis. A los casos mencionados más arriba pueden sumarse otros detalles, como la lentitud con que la figura de Rosas se instaló en varias formaciones nacionalistas de derecha, algunos de cuyos sectores bautizaban a sus brigadas con el nombre de Lavalle, o el bosquejo de líneas históricas que iban de Mayo a Caseros y de Caseros al 6 de septiembre. Los ejemplos de este tipo pueden multiplicarse. En cuanto a los actores políticos, surgía a su vez la imagen de unos grupos y partidos menos homogéneos y disciplinados que lo que se suponía, incluso en el caso comunista. La exploración de las imágenes del pasado hacía necesaria una interpretación amplia diferente de la disponible: lo que aparecía a la hora del trabajo empírico eran búsquedas iniciadas a tientas, cambios, retornos, viejas miradas, matices, bordes poco precisos en los grupos, enfrentamientos múltiples y de varios contendientes.

Como indiqué, otra de las vías de salida del estudio exclusivo de la historia de base universitaria consistió en analizar las apelaciones al pasado que se realizaban desde una de las agencias del Estado dedicadas a la enseñanza, el Consejo Nacional de Educación.

En esas investigaciones se trabajó sobre el período de entreguerras, más adecuado que el de los años treinta para percibir y explicar algunas tendencias persistentes en la vocación, tanto estatal como profesional, de intervención sobre el pasado, que continuaron por debajo de los cambios de administración. La compleja y delicada relación entre una historia en trance de afirmarse profesionalmente y un Estado que continuaba su proceso de expansión y se diversificaba tenía en su centro tanto las demandas estatales como las opiniones de los historiadores sobre su profesión y su función social –que se han mencionado ya y a las que se retornará– y también problemas de reconocimiento y autonomía. En el período, la noción de que la tarea de la historia era, al mismo tiempo, científica y patriótica, de que podía colaborar en conquista de conciencias para la nación sin resignar su objetividad, estaba muy extendida y es la que anima los discursos de Levene ya citados.

Simultáneamente, el análisis de ciertas políticas educativas permitió percibir también, en los años treinta, un intento de apelación más sistemática a lo que se calificaba como producción folklórica argentina, concebida como una herramienta pedagógica más en la tarea de consolidación de la identidad nacional; había quien le atribuía todavía mayores poderes que a la enseñanza de la historia, dado que permitía una aproximación más “sentimental” de los alumnos al pasado.

Esta última circunstancia debe vincularse, aún con extremas precauciones, a otros procesos culturales muy vastos. En principio, es notorio que la opinión de que existe una producción folklórica de carácter nacional, a pesar de contar con prestigiosos antecedentes europeos que se remontan al menos a comienzos del siglo XIX, reclama la realización de una operación intelectual complicada y caprichosa, rasgo que no logra atenuar del todo una más moderada apelación a la noción de producción folklórica propia del actual territorio argentino. Por otro lado, si la indagación folklórica realizada de acuerdo con criterios más o menos formales y eruditos se había iniciado en la Argentina a fines de siglo XIX, en 1921 se había puesto en marcha una operación distinta: una búsqueda de piezas, de gran alcance territorial, impulsada justamente por el Consejo Nacional de Educación, llevada adelante por los maestros e inspirada, según decían algunos funcionarios, en la prédica de Ricardo Rojas. En *La restauración nacionalista*, publicada en 1909 en el clima cultural del Centenario, Rojas había señalado que en el folklore se define “el alma nacional”; más de una década después, en esos pareceres decía inspirarse esta curiosa campaña de búsqueda de relatos, coplas, leyendas y poemas folklóricos, a escala de masas si se quiere, destinada a preservarlos de la amenaza del “cosmopolitismo”, atribuido desde ya a la presencia de los inmigrantes.

Por último, y teniendo a la vista el clima intelectual imperante en momentos de las celebraciones de ambos centenarios, debe recordarse que Lugones y el propio Rojas hicieron por entonces del *Martín Fierro* el poema épico nacional donde se expresaría el alma argentina; esa postura encontró críticos en el mundo intelectual, pero también en ese espacio logró avanzar paulatinamente. Esa ponderación del poema de Hernández se cruzó con la inclinación a hacer del gaucho el tipo social argentino por excelencia;

ambas posiciones, la literaria y la atenta a supuestos factores duros que definirían un tipo social, se retroalimentaron. Así, las posiciones se enmarañaron aún más, ya que los rasgos de la figura del gaucho no habían logrado definirse de manera firme y admitida y seguían inestables ¿Blanco? ¿Mestizo? ¿Criollo viejo del interior? ¿Pampeano y víctima de la “contaminación” cultural que suponía la presencia de la inmigración en esa región? ¿Todo ello junto? ¿Carente de una producción cultural que pudiera transmitirse, por ende, incapaz de fundar una tradición dada su forma de vida, cosa que sí lograban los pobladores sedentarios de las provincias interiores? Emilio Coni, miembro desde 1927 de la Junta de Historia y Numismática, que después sería convertida en Academia Nacional de la Historia, analizaba varias de estas alternativas y se asombraba a fines de los treinta de la extensión de la “leyenda gauchesca” que en su opinión “pretende para una sola provincia el monopolio de la argentinidad” (Coni 1969 [1946], p. 24). A ello se agrega el hecho de que no había modo de adjudicar al *Martín Fierro* la condición de obra folklórica en sentido estricto, de acuerdo a ciertos parámetros admitidos, dado que no era ni anónima, ni popular, ni producida en el medio rural, ni se ajustaba en los contenidos a temas tradicionales, sino que incluía algunos bien recientes. Así, los malentendidos crecían, más allá de las seguridades que muchos intelectuales, políticos, funcionarios y también sectores sociales amplios exhibían. Parece innecesario insistir en que, cuando los interrogantes acerca de aquello que era auténticamente argentino tentaban este tipo de respuestas, también se miraba hacia el pasado.

Así, por detrás de cambios fugaces, durante el período de entreguerras podía verse la lenta consolidación de otro centro posible para la tradición argentina. Hasta los centenarios, Mayo aparecía en soledad; hasta la inusual búsqueda indiana de Ricardo Rojas, que la intentó en *Blasón de plata*, publicado en 1912, lo retenía como hecho decisivo de la nacionalidad. Mayo era un suceso político e institucional que abría una guerra de independencia y funcionaba simbólicamente como episodio fundacional de la tradición política nacional, aquella que era específicamente argentina. Aquel otro centro posible de la argentinidad se rastreaba en producciones culturales rurales previas, más antiguas y primordiales, asociadas sin más precisión a un tipo social y ubicadas temporalmente en la colonia. Tanto una como otra argumentación poseían flancos visibles y eran, en un sentido, invenciones: es dudoso que Mayo fuera fruto de un esfuerzo general independentista desde el comienzo o el primer paso del camino que llevaría a lo que fue luego la Argentina; es equívoca la idea de que existiera una producción folklórica esencialmente nacional o un tipo social que encarnara lo peculiar de la argentinidad. A pesar de sus notorios puntos de fuga, son varias las observaciones a realizar acerca de estas invenciones. En principio, como se dijo, que todas ellas remiten al pasado; en segundo lugar, que, como ocurre habitualmente, su eficacia en la creación de sentido común no depende de su respaldo empírico o de su rigor científico, sino, una vez más, de condiciones político-culturales presentes, que impactan en su circulación y recepción. Por otra parte, que, si bien puede pensarse que una tradición con centro en un acontecimiento político debía diferenciarse claramente de otra con

centro en culturas que se suponen rurales y ancestrales, en muchas intervenciones de intelectuales, a la hora de la acción estatal, en particular la escolar, y de los productos de la cultura de masas, ambas aparecían mezcladas y articuladas, sin mayor tensión. La nación de Mayo se cruzó allí con la nación del gaucho, figura ya admitida por el Estado en la segunda mitad de los años treinta, mucho tiempo después de que ello ocurriera entre los sectores populares: en la provincia de Buenos Aires, la legislatura aprobó por unanimidad la ley que, en 1939, estableció la conmemoración del Día de la Tradición en la fecha del nacimiento de José Hernández, mientras se planeaba la instalación, frustrada, de un monumento al gaucho en La Plata.¹²

En algunas de las polémicas sobre las cuestiones anteriores, participaron miembros de los grupos de la historia profesional, que por entonces tenía en su centro a la Nueva Escuela Histórica, con base institucional en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de la Plata, fundamentalmente. Identificada como tal en 1916, a lo largo del período de entreguerras afirmó su presencia universitaria, obtuvo legitimación estatal expresada de modos diversos y consolidó su estructura institucional. La Sociedad de Historia Argentina, el Centro de Estudios Históricos Argentinos, con sede en la Universidad de La Plata, y la Junta de Historia y Numismática / Academia Nacional de la Historia, también formaban parte del conjunto de entidades dedicadas formalmente a los estudios históricos y los elencos de unas y otras solían solaparse. El trabajo sobre estos espacios reveló también los límites de la empresa de profesionalización de la historia, que en Argentina parecen ser aún más fuertes que en otros casos. Debe tenerse en cuenta que esa condición profesional, en el período, no descansaba para la mayoría de las personas involucradas en la venta de su fuerza de trabajo en condición de investigador o profesor de historia: no existían organismos de planificación científica, ni sistema de becas, ni dedicaciones exclusivas en el puñado de universidades argentinas; a su vez, la escuela secundaria apenas había comenzado una expansión muy módica. Quizás esta característica de la base material de la profesión explique la persistencia de algunos tonos tradicionales en la sociabilidad que se desarrolló en las instituciones historiográficas argentinas, y también se vincule con la escasez de recursos humanos: con semejante perspectiva a la hora de la salida laboral, la historia universitaria reclutaba pocos estudiantes. La puesta en foco de lo exiguo del reclutamiento y la lectura de ese dato como uno de los límites fuertes del proyecto profesional no surgió tanto de un cotejo con otras situaciones nacionales –que de todos modos es de utilidad– como de la consideración de los planteos de algunos de los propios historiadores de la Nueva Escuela, en particular de Ravnani.

12 Analicé estos temas en A. Cattaruzza, 2004. La nación y sus pasados en la Argentina de entreguerras. Los historiadores, la enseñanza de la historia y el folclore en la escuela, *Entrepasados*, año XIII, número 23; y en A. Cattaruzza & A. Eujanian, 2000. Héroes patricios y gauchos rebeldes. Dispositivos estatales y representaciones populares en la constitución de imágenes colectivas del pasado en la Argentina, *Storiografía*, Roma, IV, 4.

Pero al mismo tiempo, como en otros casos nacionales, un elemento central en la relación entre la historia y la administración fue la alineación colectiva de los historiadores con la tarea que se les asignaba desde el Estado, que se ha mencionado con anterioridad: sin que en este rasgo haya sorpresas, los historiadores argentinos insistieron en que la suya era una tarea científica y patriótica, cuya “función social” era contribuir a consolidar la llamada consciencia nacional, coincidiendo plenamente con los funcionarios. Para la dimensión patriótica de la tarea que los historiadores asumían lo menguado del reclutamiento resultaba un obstáculo.

Sin mucha presencia en esos circuitos, pero dotados de visibilidad en el mundo cultural, otros intelectuales, se dedicaron en aquellas décadas a la investigación histórica. Los revisionistas fueron los de mayor fama posterior, pero no los únicos en los años treinta. La investigación sobre estos actores –la historia de base universitaria, los revisionistas y otros intelectuales dedicados con cierta frecuencia a los estudios históricos– permitió arribar a algunas conclusiones. Una de ellas desafiaba la opinión que sostenía la condición marginal del revisionismo, que sus miembros exhibían como indicio de la supuesta conspiración del silencio a la que habrían estado sometidos en los años treinta, y sus adversarios explicaban como resultado de su escaso apego al trabajo riguroso en los archivos. Los revisionistas eran marginales en la historiografía universitaria, pero no lo eran en el mundo cultural. En sus elencos iniciales formaban intelectuales que habían tenido presencia importante en *Martín Fierro* y otras revistas en los años veinte (Ernesto Palacio), que tenían apacibles relaciones con Victoria Ocampo y *Sur*, mientras recibían premios literarios oficiales en los años treinta (Julio Irazusta, quien también recibía felicitaciones de Emilio Ravignani por su *Argentina y el imperialismo británico* de 1934), que eran novelistas exitosos en el plano de las ventas desde hacía muchos años (Manuel Gálvez) o antiguos colaboradores de *Claridad* (Ramón Doll). Hacia 1936, Palacio, Doll e Irazusta, declarados nacionalistas y autor el último, junto a su hermano Rodolfo, del exitoso *La Argentina y el imperialismo británico* –que en 1934 habría bosquejado los motivos iniciales de la interpretación revisionista–, habían sido convocados a una tertulia político-literaria organizada por *Sur*, en una proximidad más probablemente fundada en lazos personales y sociabilidad intelectual que en la proximidad ideológica; Irazusta publicaría en la revista hasta 1938. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial, este tipo de encuentro se hizo más difícil, pero no hay buenas razones para proyectar esa situación a toda la década de 1930.

Esos datos y la última opinión impactaban también, nuevamente, en la supuesta intensidad y magnitud del enfrentamiento entre revisionistas e historiadores oficiales, que se reputaban liberales, una clave de interpretación que, como se indicó, ya aparecía objetada por los resultados de la investigación sobre las lecturas que los partidos proponían de la historia nacional. Varias publicaciones de la historia académica entendieron, por ejemplo, que la fundación del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas –luego la más tradicional institución revisionista–, ocurrida

en 1938, merecía ser mencionada en sus informes sobre la actividad historiográfica, y el propio Rómulo Carbia, en su segunda edición de la *Historia crítica de la historiografía argentina* de 1940, sostenía la existencia de varias corrientes en la Nueva Escuela, una de las cuales se asentaba en el Instituto Rosas (Carbia 1940, p. 165). Quedaba, entonces, claro que uno de los grandes triunfos posteriores del revisionismo fue, precisamente, dotar de verosimilitud al mapa que proponía la existencia de un cerrado conflicto historiográfico en los treinta; ese mapa guió muchas aproximaciones al problema de las disputas culturales, durante ese período, ensayadas desde cualquier sector.

Otra de las conclusiones apoyadas en estos trabajos se refiere a las relaciones entre el revisionismo y el primer peronismo. Lejos de las opiniones que suponen la existencia de un vínculo estrecho, la evidencia empírica demuestra que las políticas del peronismo hacia el pasado no incluyeron argumentos revisionistas en lugares centrales entre 1945 y 1955; los recursos estatales fueron hacia entidades tradicionales como la Institución Mitre, para sostener su revista, antes que al Instituto Rosas, revisionista; la presencia de hombres cercanos a la nueva escuela y de antirrosistas como Rodolfo Puiggrós, que reeditaba en 1953 su *Rosas, el pequeño*, de título transparente, era frecuente en las filas peronistas. Naturalmente, existieron revisionistas que apoyaron al peronismo y peronistas que asumieron la lectura revisionista, pero las posiciones revisionistas no fueron ni las únicas ni las dominantes dentro de ese movimiento, cuyas políticas hacia el pasado fueron menos disruptivas, tal como indica el reiterado ejemplo de los nombres de los ferrocarriles nacionalizados, que Arturo Jauretche ponía en 1959 como una prueba que le parecía irrefutable de que el peronismo no había abierto el frente cultural mientras fue gobierno.¹³

Por otra parte, en los últimos tiempos también en la Argentina se extendió la apelación a la fórmula *historia y memoria*, en el cruce de la recepción de ciertas líneas de investigación ya asentadas y prestigiosas en el horizonte internacional, la dinámica generacional de la historiografía argentina y la cadencia de las coyunturas político-culturales. Ella alude, no sólo aquí, al menos a dos grandes cuestiones. La primera atañe a los fenómenos de memoria colectiva, o más precisamente, a los intentos estatales, profesionales, de los partidos, de ciertos grupos sociales, por forjarla, consolidarla, controlarla, que, en tanto procesos históricos de vinculación con el pasado, forman parte de aquel objeto de estudio que asumimos hace tiempo. La segunda es la que refiere a la posible existencia de un tipo de discurso sobre el pasado, asentado en la literatura de la memoria y en los testimonios orales, más próximo a la experiencia y, en consecuencia, más auténtico que el de la historia. En la Argentina, la violación de derechos humanos bajo el terrorismo de Estado durante la dictadura cívico-militar iniciada en

13 Me permito remitir, en esta ocasión, a los siguientes trabajos: A. Cattaruzza, 2009. El revisionismo en los años treinta: entre la historia, la cultura y la política; en C. Manzoni (dir.). *Rupturas*, tomo VII de la *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé; A. Cattaruzza & A. Eujanian, 2003. La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras; y El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas; en *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*. Buenos Aires / Madrid: Alianza.

1976 y las diversas políticas asumidas, en los últimos 35 años, respecto a las penas que correspondían a los responsables o a su perdón, dotaba a los estudios sobre la memoria de un costado político y judicial difícil de ocultar.

La expansión de la producción internacional sobre estos asuntos, así como la que tuvo lugar aquí, fueron objetos de estudio que asumí en algunos artículos. Ellos contaban con un tramo dedicado a intentar responder a la pregunta acerca de la manera en que la memoria colectiva se había transformado en un objeto de estudio de la historia en un período relativamente breve, si se descuenta la lejana obra de Halbwachs de mediados de los años veinte. A escala internacional, la expansión comenzó a mediados de los años setenta aproximadamente; una década más tarde, el área estaba ya consolidada. En la Argentina, los trabajos más frecuentes no son estudios sobre, por ejemplo, los esfuerzos estatales para construir memorias colectivas a fines del siglo XIX; se trata, en cambio, de una producción dominada por los temas de los años setenta, la militancia armada, el terrorismo de Estado y la dictadura, ubicados con comodidad en el área de la historia reciente y proclives a la utilización de fuentes orales, con límites borrosos frente a los trabajos sobre memoria. Si bien se cuenta con antecedentes, el comienzo sostenido del crecimiento del número de tesis y artículos puede ubicarse a mediados de los noventa; los libros tardaron algo más. Si bien todavía resta una investigación más profunda, a mi juicio puede plantearse que, en la producción de la historiografía universitaria argentina sobre estas cuestiones, existe una cierta autonomía de la coyuntura política; su expansión parece explicarse más por la entrada a escena de una generación de investigadores con relaciones menos próximas con aquellos fenómenos, que por otro lado comenzó a ganar visibilidad cuando la historia reciente y los trabajos sobre la memoria estaban ya legitimados en la historiografía internacional. De todos modos, en los últimos años se dio una discusión pública intensa sobre la violencia política y la dictadura y, esta vez, la historia universitaria contó con mucho material para participar de ella, hecho que no había ocurrido ni en 1983, cuando el final de la dictadura, ni en 1985, cuando el juicio a las juntas militares, ni en torno a 1990, cuando comenzó la política de indultos, e incluso ni siquiera hacia 2003, cuando se produjo un cambio importante en la actitud del gobierno hacia los delitos de lesa humanidad y los juicios por ellos.

Fuera de estas consideraciones que refieren a unas tendencias de la investigación y a la consolidación de un sector de los estudios históricos, quedaba pendiente la otra cuestión involucrada en el uso de la fórmula *historia y memoria*. Ella, al mismo tiempo, distingue y aproxima ambos polos. En mi perspectiva, las diferencias entre las prácticas involucradas, la condición pública o íntima de tales prácticas, sus objetivos, establecían una distancia muy clara entre una y otra; la memoria estaba librada del cotejo con las fuentes y no era su función la construcción de alguna verdad verificable. Sin duda, era insensato que la historia pretendiera enmendar o corregir los recuerdos individuales; podía, en cambio, investigar cómo se constituían o intentaban constituirse, manipularse, controlarse, dominarse o liberarse las memorias colectivas y tales procesos

también nos competían como historiadores, si nuestro objeto de investigación era el que bosquejé más arriba.¹⁴

3

Un panorama acabado de la situación actual de los estudios sobre los modos de relación de las sociedades con su pasado, sobre las memorias colectivas, sobre los usos del pasado, sería imposible en este espacio. Puede plantearse, sin embargo, que las investigaciones avanzan sobre un frente muy amplio y hoy varios historiadores han examinado ya los procesos de organización institucional en el interior, lo que hizo entrar en crisis al relato clásico sobre la profesionalización impulsada por la Nueva Escuela Histórica y ancló los procesos de especialización del saber histórico en contextos sociales precisos. La relación entre los museos, la historiografía y la política ha sido también transitada, así como las conmemoraciones incluidas las del Bicentenario. Las políticas hacia el pasado desplegadas por distintos movimientos y administraciones fueron objeto de estudio, a escala nacional –aun para períodos muy recientes– y provincial. El análisis de las versiones del pasado organizadas no sólo fuera de la historia profesional sino también planteadas en relatos y soportes que exceden al libro y al artículo se ha llevado también adelante. Desde mi punto de vista, y en términos colectivos, todas estas líneas de trabajo se revelan dinámicas, interesantes y promisorias. En cuanto a mis propias investigaciones, están ahora orientadas en dos sentidos relacionados: por un lado, el estudio de lo que, a mi juicio, fue la reorganización de las relaciones entre la historia –en este caso, fundamentalmente la universitaria– y la política luego de 1983-1984. Creo que existe cierta tendencia a naturalizar el contexto político del período; se trataría, entonces, de un análisis semejante al que llevé adelante para otras coyunturas pero, esta vez, aplicado a las últimas décadas. Si el contexto político jugó un papel en la historiografía durante los años treinta o durante el primer peronismo, ¿por qué no indagar, más allá de la mención al pasar, cuál fue ese papel en tiempos de la democracia? Por otro lado, creo que uno de los cambios importantes en la historia profesional fue la expansión de la base institucional: más carreras de historia, más puestos de trabajo, más estudiantes –al menos en términos absolutos–, más revistas, tesis, postgrados, institutos y proyectos de investigación... Esa expansión ha cambiado la sociabilidad universitaria, los modos de la política dentro de las carreras, las exigencias académicas. Este proceso es, creo, visible, pero no se cuenta con datos precisos de su magnitud.

14 Algunos argumentos sobre estos puntos pueden verse en A. Cattaruzza, 2012. Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria, *Storiografia*, Roma / Pisa, número 12; A. Cattaruzza, 2011. Las representaciones del pasado: historia y memoria, *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, número 33; A. Cattaruzza, 2008. Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008). Una aproximación; en el dossier Experiencias políticas en la Argentina de los 60 y 70 (coordinado por Humberto Cucchetti y Moira Cristiá) en *Nuevo mundo, mundos nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/index30462.html>.

Un paso inicial sería, entonces, organizar una imagen más fiel y precisa de esa transformación, cuya explicación cabal tendrá que recurrir una vez más, según entiendo, a factores que exceden la profesión y remiten a su contexto.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, C. (editor), 2013. *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina*. North Carolina: A Contracorriente. 494 p.
- BOURDE, G. y H. MARTIN, 1992. *Las escuelas históricas*, Madrid: Akal. 281 p.
- CHARLE, Ch., 1996. Être historien en France: une nouvelle profession?, en F. BÉDARIDA, *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*. Paris: Edition Maison des sciences de l'homme. 437 p.
- CONI, E., 1969 [1945]. *El gaucho. Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires: Solar / Hachette, 2ª ed. 320 p.
- DE CERTEAU, M., 1978 [1974]. La operación histórica, en J. LE GOFF y P. NORA (dirs.), *Hacer la historia*. Barcelona: Laia, vol. I.
- HALPERIN DONGHI, T., 1955. La historiografía argentina en la hora de la libertad, en *Sur*, número 237, nov.-dic., pp. 114 y 115.
- LEVENE, R., 1946. *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- MANZONI, C. (dir.), 2009. *Rupturas*. Tomo VII de la *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé. 792 p.
- MASTROGREGORI, M., 1998. *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica. 141 p.
- NOIRIEL, G., 1997. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra. 313 p.